



CRÍTICA DE TEATRO

“Tía Irene, Yo Te Amaba”

Este ha sido un buen año para Isidora Aguirre. Su novela “Doy por vivido todo lo soñado” ocupa desde hace meses los primeros lugares en la lista de libros más vendidos; su obra teatral “El retablo de Yumbel” obtuvo el Premio Casa de las Américas; una nueva versión de “La pérgola de las flores” se presenta desde abril en el Teatro Cariola; la Compañía de Teatro Educativo Patricia Cuadros ha puesto en escena su adaptación de “Edipo Rey” y ahora la Sala del Ángel presenta “Tía Irene, yo te amaba”. Es excepcional esta tan amplia presencia con obras de muy distinto tipo y con formas muy disímiles de reconocimiento. Es el resultado de su incansable labor y de su espíritu inquieto, movido, un tanto hiperkinético. Parece que una energía inagotable apenas pudiera contenerse en su cuerpo menudo y pugnara por salir a través de su ágil conversación, llena de entusiasmo, de sus ojos vivaces, de su incansable accionar y de su multifacética obra literaria.

“Tía Irene, yo te amaba” es una comedia graciosa, llena de buenas observaciones sobre nuestras costumbres y con tipos humanos característicos presentados con humor. Está en la línea de “Carolina”, “Las Pascualas”, “La dama del canasto” o “Amor a la africana”. Es una comedia de trama sencilla que evoca con humor, cariño y orgullo algunas características de su madre. No pretende hacer un drama complejo ni de tesis. Es un juego cariñoso, un ir al rescate de momentos pasados que pertenecen a una época hermosa de su vida, es un homenaje a ese ser

excepcional que fue su madre y a esa casa que se va convirtiendo en tema literario. Es la misma que Isabel Allende, también miembro de la familia, evoca en “La casa de los espíritus”. Y aunque el recuerdo se presente en forma sencilla y graciosa, es también un modo de pensar acerca de la gravitación que su madre pintora tuvo en toda la familia, empujándolos hacia la creación artística.

Creo que la obra es más graciosa, más fina, más mágica que lo que vemos en esta puesta en escena. Pienso que Claudio Pueller se dejó llevar por su interés hacia la investigación de lo popular latinoamericano y unió ésta a una serie de expresiones de raíz folclórica en las que la presencia de espíritus y la mezcla de planos entre la vida y la muerte aparecen como una manifestación de nuestras raíces étnicas. En parte tiene razón, de hecho hay espíritus que rondan a la tía Irene y la salvan invariablemente de todas las trampas que le organiza el maestro gasfiter. También se confunden la vida y la muerte; toda la historia se enmarca en el recuerdo de Pedro, el sobrino, con motivo de una exposición retrospectiva de los cuadros de la tía, muerta 30 años antes. Por otra parte, Ramona, conviviente del maestro gasfiter, es un tipo claramente popular. Pero el tono en que aparecen esos elementos no es en absoluto folclórico ni popular. Por el contrario, la tía Irene pertenece a la sociedad y sus rasgos anómalos corresponden a los muchos excéntricos, a veces un poco locos, otras, seres excepcionales, que esas familias normalmente tienen. Sus anomalías

surgen del refinamiento, de las ensañaciones, de sus viajes por Europa, por la India, por Asia, y se alimentan de lecturas en francés, en inglés y en alemán. Algo de filosofía, sociología y esoterismo hay siempre en esas lecturas. Su tono es de un humor cariñoso y no caricatural, más suave, de una magia más sutil. Las primas Vergara, Antonia que ve muy poco y Eglafira que sufre de incontinencia, ambas muy preocupadas de la vida de los demás y de cobrar los arriendos del conventillo en que se ha convertido la casa que heredaran de su padre, son personajes graciosos y bastante típicos. El maestro Regildo, que habla como carta y admira la pintura de la tía Irene, tiene rasgos románticos y de humor en su conflicto interior, su sumisión al energúmeno que es Ramona y en su ineficacia; es embellecido en la obra por la mirada de Tía Irene. El sobrino enamorado también es un ser romántico. El tono de farsa y de caricatura, apropiado en otros casos para acentuar el humor, desdibuja aquí el tono evocador, cierto aroma de excentricidad refinada y las decaídas elegancias que constituyen valores centrales de la obra.

“Tía Irene, yo te amaba” es una comedia con momentos de muy buen humor y divierte a pesar de cierta lentitud en el ritmo de ciertos diálogos entre tía Irene y su sobrino. Gabriela Medina da rasgos definidos a tía Irene; a través de cambios de caracterización y de actitud muestra con claridad los distintos pasos de su creciente amor por el maestro Regildo. Se puede creer en

una tía Irene distraída y enamorada, pero no parece muy esotérica. Emilio García hace bien su Regildo, tan rebuscado para hablar y que tiene una serie de frases trabajosamente acuñadas. Ilse Alfaro hace una Ramona muy divertida y con rasgos caricaturales; es el personaje que mejor corresponde a la línea propuesta por la dirección. Carlos Martínez tiene una actuación débil, opaca; Pedro, el sobrino enamorado, pudo ser un personaje mucho más trabajado y sugerente. Las hermanas Antonia y Eglafira son personajes anecdóticos, con leve integración a la línea central de desarrollo; sus intérpretes, Otilio Castro y Alejandra Rubio, sacan buen partido a las situaciones graciosas que les corresponden.

La escenografía de Luz María Sotomayor y algunos rasgos de la iluminación de Sergio Ledesma son muy apropiados. La distribución de la serie de marcos en el taller de pintura de tía Irene es un cuadro en sí mismo y el juego en dos colores básicos, negro y madera clara, contribuye al clima de irrealidad. La música de Patricio Solovera nos lleva hacia el pasado con un gracioso tono juguetón. Al ser usada como *leit motiv* agrega un elemento específicamente significativo.

“Tía Irene, yo te amaba” es una comedia simpática, de suave humor y con un cálido tono evocador. Los contrastes de actuación pueden resultar atractivos, pero pudo ganar en magia y sugerencia con una forma distinta de enfrentar su humor y sus amables recuerdos.

Agustín Letelier